

## Henri Barbusse

Aunque poeta establecido, novelista y escritor de cuentos cortos, Henri Barbusse (1873-1935) se alistó como voluntario en el ejército francés en la Primera Guerra mundial, solo para salir de las trincheras como apasionado pacifista. Sus memorias del tiempo de la guerra, *Le Feu*, recibieron el Prix Goncourt, uno de los premios literarios más prestigiosos de Francia.

Después de la guerra, además de ser miembro activo en organizaciones de la paz, Barbusse se volvió comunista mudándose a la Unión Soviética, donde murió en 1935 mientras trabajaba en una biografía sobre Stalin. “El Onceavo” una obra temprana, fue publicada en 1908 en *Nosotros Otros: Cuentos del Destino, el Amor y la Piedad*.

### El Onceavo

El señor, quien tenía una cabeza cadavérica con pelo largo como mármol y, cuyos anteojos brillaban con solemnidad, se paró en su ronda de la mañana al otro lado de mi mesa pequeña en la puerta de la habitación 28 y me anunció, con condescendencia, que desde ahora en más sería yo el designado para dejar entrar a las diez personas pobres que cada mes fueran admitidas a la hospitalidad de la casa. Luego continuó en su ronda, tan alto y tan blanco entre el tropel diligente de estudiantes que parecía como si se estuvieran llevando una estatua famosa de habitación en habitación.

Tartamudeé las gracias que nunca escuchó. Mi corazón de veinticinco años sentía un orgullo feliz al pensar en que había sido elegido para presidir una de las tradiciones más nobles de la casa en la cual, un asistente humilde, deambulaba con tristeza entre inválidos ricos.

El primer día de cada mes el lujoso palacio hospital se convertía en el paraíso de diez vagabundos. Una de sus puertas exteriores se abría para admitir los primeros diez que llegaran, sean quienes fueran, de cualquier lado que hubieran venido o escapado. Y por un mes entero estos diez marginados humanos disfrutaban la hospitalidad completa del cómodo asilo, tanto como hacían los pacientes más preciados del señor, así como los archiduques y los multimillonarios. Para ellos, también eran los magnánimos pasillos cuyas paredes no solo eran blancas sino también lustrosas, los corredores enormes como calles cubiertas que tanto en verano o invierno tenían el frescor o la suavidad de la primavera. Para ellos los arriates inmensos del jardín colocados entre terciopelo verde, como ramos de flores tan agrandados por la magia que se podía caminar entre ellas. Para ellos igualmente, las paredes exteriores, muy distantes pero infranqueables, que lo protegían a uno del espacio inmenso, de las calles laberínticas, de las llanuras que se terminaban no antes que el cielo. Por treinta días los refugiados se ocupaban de no hacer nada, solo trabajaban cuando comían y no tenían más miedo que a lo desconocido o al próximo día. Aquellos llenos de remordimiento aprendieron a olvidar las cosas, y los desconsolados, a olvidar las personas.

Cuando por casualidad se conocían, simplemente apartaban sus cabezas con prisa. No había, en ninguna parte de la casa, por órdenes del señor, un espejo en el cual se encontraran de nuevo con su mal sueño. Hacia el final del día el dormitorio, tranquilo como un cementerio, un cementerio bonito, en el cual nadie está muerto, donde uno espera, donde uno vive, pero sin saberlo.

A las ocho del primer día del siguiente mes, los diez se iban, uno por uno arrojados de nuevo al mundo, como lanzados al mar. Inmediatamente después, otro diez entraban, los primeros diez de la fila que, desde la noche anterior, se habían arrastrado en las paredes de la casa como orillas de una isla. Los primeros diez, no más, no menos, no favores, no excepciones, no injusticias;

solo una regla: aquellos que ya habían sido admitidos nunca podrían ser aceptados de nuevo. A los que llegaban nada se les preguntaba, ni la confesión de sus nombres.

Y al primer día del mes, tan pronto como las nueve hubieran sonado, a la misma vez que la iglesia angélica y la capilla católica de la casa, abrí la pequeña puerta de los pobres.

Una muchedumbre de seres se concentró en contra de la puerta y la pared. Casi no había girado la puerta en la sombra cuando la pila harapienta entró corriendo como succionados desde adentro.

Mi ayudante tuvo que lanzarse a si mismo por adelante para imponer un poco de orden en la ávida invasión. Tuvimos que separarnos con fuerza, arrancar de la masa a cada uno de los asediados que estaban apretados uno al lado del otro, codo con codo, pegados como amigos fantásticos. El octavo entró, el noveno, el décimo.

Y entonces la puerta fue cerrada rápidamente, pero no tan rápido como para impedirme ver a un solo paso de mí, sobre quién fue cerrada la puerta: el onceavo, el desafortunado, el maldito.

Era un hombre de edad indeterminada en cuyo rostro gris y marchitado flotaban unos ojos sin brillo. Me miraba de manera tan desesperanzada que parecía sonreírse. La fuerza de esa desilusión extraordinaria me asustó, de esa cara muda como una herida. En un instante vislumbré - lo que la puerta demoró en cerrarse - todo el esfuerzo que él había hecho para llegar allí, aunque fuera demasiado tarde y, ¡cuanto se merecía entrar el también!

Luego me ocupé de los demás; pero pocos minutos después, todavía afectado por la angustia que había visto en el rostro del desamparado, entreabrí la puerta para ver si aun estaba. Nadie. Él y los otros tres o cuatro - unos harapos indistintos que ondeaban detrás de él- habían sido dispersados por los cuatro vientos del cielo, llevado a través de los caminos como hojas muertas. Un escalofrío me atravesó, un escalofrío casi de luto por aquellos conquistados.

De noche, mientras me dormía, pensé de nuevo en ellos, y me preguntaba por qué se quedaban allí hasta el último momento, aquellos que llegaban después de que diez ya hubieran tomado sus puestos en frente de la puerta. ¿Qué esperaban? Nada. Pero de todos modos esperaban y allí yacía un cruel milagro del corazón.

Habíamos llegado al mes de marzo. En el último día del antiguo mes, hacia el anochecer, un murmullo más bien asustadizo emanó del lado del camino principal, cerca de la puerta. Asomándome por un balcón, pude distinguir hombres agitándose como insectos. Estos eran los suplicantes.

A la mañana siguiente les abrimos a estos fantasmas cuya historia mágica de la casa los había llamado desde el otro lado del mundo, estos que se habían despertado y desenterrado de los fondos más profundos y más horribles para llegar allí. Acogimos a los primeros diez que se habían adelantado; al onceavo nos vimos obligados a echarlo a la vida nuevamente.

Estaba parado, inmóvil, y ofreciéndose desde el otro lado de la puerta. Lo miré y después bajé los ojos. Tenía un aspecto horrible, con su cara hundida y sus párpados sin pestañas. Emanó de él un reproche de insoportable sencillez.

Cuando la puerta nos dividió para siempre, me arrepentí y quise volver a verlo. Me dirigí hacia los otros, que pululaban con felicidad sobre las baldosas, casi con resignación, asombrándome de mi propia y firme convicción de que aquel, más que estos, debería de haber entrado con nosotros.

Y así fueron todas las veces. Me volvía cada vez más indiferente a la muchedumbre admitida y satisfecha, y dedicaba aun más mi mirada sobre aquel a quien se le negaba la salvación. Y cada vez él se me hacía el caso más doloroso y sentía que era a mí a quien golpeaban en lugar del condenado.

En junio, fue una mujer. Vi que comprendía y empezó a llorar. Yo temblaba mientras la examinaba furtivamente; para colmo, los párpados de la llorona eran tan rojos como llagas.

En julio, a razón de su edad avanzada la víctima era de una lástima incomparable; y ningún ser vivo provocara tanta compasión como aquel rechazado al mes siguiente, él, que tan joven era.

En otra ocasión, el que se tenía que sacar del grupo de los elegidos me buscó con sus pobres manos, envueltas con remanentes de lino deshilachado, como pelusa. El que la ventura sacrificó el próximo mes me amenazó con el puño. La súplica de uno me asustó, y la amenaza del otro me lastimó.

Casi le hubiera pedido disculpas al “onceavo” de octubre. Su cuello estaba envuelto por una corbata grisácea que se parecía a una venda; él era flaco, y su abrigo oleaba al viento como una bandera. ¿Pero qué decir al pobre que lo sucedió treinta días después? Se ruborizó, tartamudeó una disculpa, y se marchó después de hacer una reverencia de trágica cortesía- vestigio lamentable de un sino anterior.

Y así pasó un año. Doce veces dejé entrar a los vagabundos a quienes las piedras habían desgastado, trabajadores para los cuales todo trabajo fue inútil, criminales dominados. Doce veces dejé entrar a algunos de los que se colgaban de las piedras del muro como arrecifes de la costa. Doce veces les negué la entrada a otros, similares, aquellos a los que confundidamente prefería.

Una idea me asaltó -que estaba tomando parte en una injusticia abominable. No tenía sentido, de verdad, dividirlos de esa manera a todos esos pobres entre amigos y enemigos. Había una sola razón arbitraria - abstracta, no admisible; cuestión de una cifra, un signo. En el fondo, esto no era ni justo ni tampoco lógico.

Pronto ya no pude continuar en esta serie de errores. Fui donde al señor y le supliqué que me diera algún otro oficio, así yo no tenía que volver a hacer el mismo acto malvado de cada mes.